

La tarjeta de Dios

“PRUEBEN, Y VEAN QUE EL SEÑOR ES BUENO. ¡FELIZ EL HOMBRE QUE EN ÉL CONFÍA! [...] LOS RICOS SE VUELVEN POBRES, Y SUFREN HAMBRE, PERO A LOS QUE BUSCAN AL SEÑOR NUNCA LES FALTARÁ NINGÚN BIEN”
(SAL. 34:8-10).

Mi nombre es Zulma Herrera, y vivo en Florencio Varela, Gran Buenos Aires (Argentina) con mi esposo. En 2020 llegó la cuarentena obligatoria y, en cumplimiento de las leyes, solo podíamos salir de casa para ir al mercado o a la farmacia. En esos momentos difíciles, me aferré aún más a las promesas de Dios entregando nuestros planes a él.

A medida que fueron pasando los días, la comida iba disminuyendo. Entonces mi esposo, que aún no es adventista, fue al mercado para comprar lo que nos faltaba. Pero, grande fue su decepción y angustia al escuchar la respuesta de la joven cajera: “Lamento, pero no hay crédito en su tarjeta”. ¿Cómo era posible? En el banco le explicaron que su tarjeta había sido clonada y que, por casi dos meses, alguien la había utilizado para hacer compras.

Me acuerdo de la expresión de angustia de mi esposo al llegar a casa. Con lágrimas en los ojos, me dijo: “Ahora, ¿cómo vamos a vivir? ¡Estamos sin dinero!” Intenté calmarlo y solo pude decir lo que realmente sentía: “¡Dios nos cuidará!”

No pasó mucho tiempo hasta que alguien llamó a la puerta. Era una vecina, quien nos traía comida. Yo no le había pedido nada a nadie, pero mi Dios sabía lo que necesitábamos y sabía lo que mi esposo necesitaba aprender. Pasaron algunos días, y dos hermanas de la iglesia también trajeron más comida. La alacena estaba llena. Al sentir la mano de Dios en esto, lloraba de alegría y decía: “¡Dios es grande! Pues sirvo a un Dios que todo lo sabe, puede y ve”.

En todo este tiempo de prueba, ya había reservado lo que pertenece a Dios. El diezmo de tres meses estaba en el sobre, y en ningún momento pensé en utilizar este dinero, pues no me pertenecía. Pronto me conecté con mi pastor y pedí que viniera a mi casa para llevarse ese dinero, pues la obra de Dios lo necesitaba.

“Cristo señaló a sus discípulos los lirios del campo y las aves del aire, mostrando cómo Dios cuida de ellos; y esto lo presentó como una evidencia de que él cuidará del hombre, que vale mucho más que las aves y las flores” (*La educación cristiana*, p. 172).